

DOSIER

Escala. Perturbaciones escalares

Scale. Derangements of Scale

Timothy Clark*

Durham University

Inglaterra

Traducción de Yareni Monteón López

y.monteon@gmail.com

Universidad Iberoamericana

México

* Este artículo fue originalmente publicado como: "Scale. Derangements of Scale" en *Telemorphosis: Theory in the Era of Climate Change*, vol. 1, editado por Tom Cohen (Michigan: University of Michigan Library, 2012), doi: [dx.doi.org/10.3998/ohp.10539563.0001.001](https://doi.org/10.3998/ohp.10539563.0001.001)

Quando observamos el ambiente, necesariamente lo hacemos en un rango limitado de escalas. Por lo tanto, nuestra percepción nos da solamente una pequeña rebanada de baja dimensión a través de un gran pastel dimensional.

SIMON A. LEVIN

Introducción: efectos escalares

Estás perdido en un pequeño pueblo, llegando tarde a una cita importante en alguna de sus múltiples calles. Interceptas a un extraño de aspecto amigable y le preguntas el camino. Él, generosamente, te ofrece un pequeño mapa que por casualidad trae en su maletín. “Todo el pueblo está ahí”, dice. Le agradeces y caminas, abriendo el mapa para encontrar la ruta: resulta ser un mapa de toda la Tierra.

Escala equivocada.

Una escala (del latín *scala*: escalera, escalón o escaleras) por lo general proporciona una extrapolación calibrada y útil entre las dimensiones del espacio o el tiempo. Así, una “escala cartográfica” describe la relación entre la distancia en un mapa y los espacios reales en la superficie terrestre. Pasar de una escala grande a una pequeña, o viceversa, implica un cambio cuantificable en la resolución de la misma área o sus características, un ligero acercamiento hacia lo más pequeño o lo más grande. Con el cambio climático, sin embargo, tenemos un mapa cuya escala incluye a todo el planeta, pero cuando se trata de relacionar la amenaza planetaria del cambio climático con cuestiones cotidianas de política, ética o con interpretaciones específicas de la historia, la cultura, la literatura, etcétera, el mapa del planeta resulta casi cómicamente inútil. Las políticas y los

conceptos relacionados con el cambio climático se ven invariablemente socavados, incluso ridiculizados, por las consideraciones de escala: una campaña en pro de una reforma ambiental en un país, podría ser negada por falta de una reforma similar al otro lado del mundo. Una ardua lucha por salvaguardar la reserva natural, diseñada para proteger un ecosistema único, se convierte, al hacer alejamiento, en un lugar diferente. Incluso la climatología funciona en una escala que no ayuda mucho: “Paradójicamente, es más simple predecir lo que sucederá con el planeta, un sistema cerrado, que hacer pronósticos para regiones específicas”.¹

La escala cartográfica misma es, aquí, un concepto inadecuado. Los conceptos no-cartográficos de escala no son acercamientos o alejamientos suaves, sino que involucran saltos y discontinuidades, a veces incalculables “efectos escalares”. Por ejemplo:

En las ciencias de la ingeniería, los efectos de escala son aquellos que resultan de las diferencias de tamaño entre un modelo y el sistema real. Aunque el modelo miniatura de un edificio de madera sea estructuralmente sólido, no es necesariamente apropiado inferir que el mismo proceso podría mantener la estabilidad estructural de un edificio de madera en escala humana.²

Para dar otro caso, un mapa de la Tierra a escala “pequeña” en términos cartográficos, desde un punto de vista ecológico se encuentra a una escala enorme, en donde otros efectos de escala no lineales se vuelven decisivos y, a veces, incalculables. Garrett Hardin escribe:

Se podrían evitar muchas acciones estúpidas de la sociedad si más personas estuvieran conscientes de los efectos escalares. Siempre que la escala se mueve

¹ Karen T. Litfin, “Environment, Wealth, and Authority: Global Climate Change and Emerging Modes of Legitimation”, *International Studies Review* 2.2 (verano de 2000): 137.

² G. Darrel Jenerette y Jiango Wu, “On the Definitions of Scale.” *Bulletin of the Ecological Society of America* 81.1 (2000), 104.

hacia arriba, uno debería ponerse en alerta ante alguna posible contradicción con el sentido común que sólo era útil cuando la unidad era más pequeña [...] Si el electorado no percibe los efectos escalares, esto puede poner en riesgo la supervivencia de una nación democrática.³

Otros pensadores menos controversiales que Hardin recurren a la teoría de la complejidad para sugerir la emergencia necesaria de los efectos escalares meramente con el crecimiento de la complejidad de la civilización globalizada, por ejemplo, MacKenzie: “Una vez que la sociedad se desarrolla hasta cierto nivel de complejidad, se vuelve cada vez más frágil. Eventualmente alcanza un punto en el que incluso una perturbación mínima puede hacer que todo se derrumbe”.⁴ Para unos más, la crisis ambiental ha sido en parte causada por conflictos entre escalas correspondientes al gobierno de los asuntos humanos. Jim Dator, escribe:

Los factores ambientales, económicos, tecnológicos y de salubridad son globales, pero nuestros sistemas de gobierno siguen basados en la idea de un estado nacional, mientras que nuestro sistema económico (el “libre mercado” del capitalismo) y muchos sistemas políticos nacionales (“democracia” de intereses de grupo) siguen siendo profundamente individualistas en su punto de partida, aunque trágicamente colectivos en su punto de salida.⁵

Los efectos escalares en relación con el cambio climático son confusos porque arrojan sobre las sencillas y cotidianas ecuaciones de la moral y la política tanto un cero como un infinito: entre mayor sea el número de

³ Garrett Hardin, *Living Within Limits: Ecology, Economics, and Population Taboos* (Nueva York: Oxford University Press, 1993), 52.

⁴ Debora MacKenzie, “Are We Doomed?”, *New Scientist* 5 (abril de 2008), 33.

⁵ Jim Dator, “Assuming ‘responsibility for our rose’”, *Environmental Values in a Globalizing World: Nature, Justice and Governance*, eds. Jouni Paavola y Ian Lowe (Londres: Routledge, 2005), 215-216.

personas involucradas en las formas modernas de consumo, la influencia relativa o la responsabilidad de cada uno es menor, pero el impacto acumulativo de su insignificancia resulta peor. Como resultado de los efectos escalares, lo que es auto-evidente o racional en una escala podría ser destructivo o injusto en otra. Así, los planes progresistas, tanto políticos como económicos, diseñados para difundir los niveles occidentales de prosperidad, pueden parecerse, en otra escala, a un plan demente para destruir la biósfera. Sin embargo, para cualquier hogar individual, automovilista, etcétera, el efecto escalar de sus acciones es imposible de percibir. No está presente en ningún fenómeno en sí mismo (ninguna reducción eidética lo eliminará), sino en la contingencia de muchos otros fenómenos similares que hay, ha habido y habrá en las vastísimas distancias del espacio o del tiempo. La agencia humana se ve desplazada desde dentro por su propio acto, una especie de iterabilidad demoniaca.

El argumento de este artículo es que los modos dominantes de crítica literaria y cultural son ciegos a los efectos escalares en modos que hoy requieren ser atendidos.

Perturbaciones de la escala

Un síntoma de qué tan extendida está la crisis escalar es la desproporción lingüística e intelectual, con la cual habitualmente las personas hablan del medio ambiente, una crisis del “decoro” en un sentido estricto. Un enunciado sobre el posible colapso de la civilización puede terminar con el mandato solemne de nunca llenar demasiado una tetera. En muchos lugares de trabajo podemos ubicar un póster donde se muestra la imagen de la Tierra como un dial de termostato gigante, pero acompañada por la absurda e ininteligible declaración: “Usted controla el cambio climático”. Un automovilista que adquiere una marca de carro un poco menos destructiva ahora resulta que “salva el planeta”.

Estos saltos perturbados entre escalas y las fantasías de poderío que les acompañan recuerdan a la retórica de la bomba atómica a partir de la década de 1950. Maurice Blanchot argumentó entonces que el discurso sobre el poder que la humanidad tenía sobre la Tierra entera, según el cual la humanidad era capaz de “destruirse a sí misma”, era profundamente engañoso. La “humanidad” no es un mega-sujeto grandioso ni un agente unitario en el sentido que implica este tropo. En la práctica, la destrucción no sería un acto conscientemente ejercido de autolesión: “la humanidad se está auto-destruyendo”. Este argumento sería tan arbitrario como el de “la tortuga que cayó del cielo” y aplastó la cabeza de Esquilo.⁶

La retórica casi absurda de los eslóganes ambientales hace que la observación de Blanchot parezca aún más atinada. Los conceptos recibidos de libertad, racionalidad y responsabilidad se tensan, incluso se desgarran, en una desconcertante generalización de lo político que puede hacer que incluso algo como llenar la tetera sea un acto tan público como votar. La mera noción de una “huella de carbono” altera las distinciones entre lo público y privado que se encuentran en los cimientos del Estado liberal moderno. Normalmente, los llamados a enfrentar el futuro en un contexto político toman la forma de un exhorto vehemente a recuperar la autenticidad ya sea personal, cultural o nacional, y ratifican normas dadas de moralidad o responsabilidad mediante un reforzado sentido de determinación y propósito.

No es el caso con el cambio climático. Aquí, una agencia no humana apenas calculable trae consigo una sensación general, no focalizada, de deslegitimación e incertidumbre, una confusión en las antes claras arenas de la acción o los conceptos sobre la igualdad. Los límites entre lo científico y lo político se vuelven inciertos; la distinción entre el Estado y

⁶ Maurice Blanchot, “The Apocalypse is Disappointing”, *Friendship*, trad. de Elizabeth Rottenberg (Stanford: Stanford University Press, 1997), 106.

la sociedad civil es menos clara; y los procedimientos y modos normales de entender comienzan a aparecer como formas dudosas de contención de lo político, lo ético y lo intelectual. Incluso mucha de la crítica ambiental, se modela en ciertos tipos de política progresista y oposicional, y trata de explicar la degradación ambiental a partir de las jerarquías del hombre sobre el hombre (un ejemplo de esto es “la ecología social” de Murray Bookchin), puede considerarse como una evasión de la necesidad de reconocer lo no humano como una agencia independiente y desconcertante.

La crisis ambiental también cuestiona los límites entre disciplinas intelectuales. Las noticias diarias confirman de manera reiterada la imposibilidad de reducir muchos temas medioambientales a un solo problema, disfunción o injusticia coherentes. La sobrepoblación y la contaminación atmosférica, por ejemplo, crean conflictos sociales, morales, políticos, médicos, técnicos, éticos y de “derechos de los animales”, todo al mismo tiempo. El término cansino “medio ambiente” siempre ha parecido demasiado vago, ya que en última instancia significa “todo”. No obstante, la dificultad de conceptualizar una política de cambio climático puede radicar, precisamente, en tener que pensar “todo a la vez”. La fuerza de la dificultad es la de una implosión de escalas, donde las que parecen ser acciones triviales o sencillas se ven implicadas en riesgos enormes; mientras que los límites intelectuales y las líneas de demarcación se pliegan unas sobre otras. La inundación de las fronteras intelectuales y el horror de muchos probables escenarios tienen el efecto perturbador, por ejemplo, de hacer incierto cuál de las dos afirmaciones siguientes es, al final, la más responsable: (1) “el cambio climático ahora se reconoce como una preocupación seria y legítima, y el gobierno continuará apoyando medidas para mejorar la eficiencia del combustible”, o (2) “La única relación defendible que se puede tener con un automóvil es con un ladrillo bien dirigido”.⁷

⁷ Esto no incluye esa solución engañosa, el automóvil eléctrico. La mayoría de las emisiones contaminantes asociadas con cualquier automóvil vienen del proceso de su manufactura. La electricidad que hace funcionar a un automóvil supuestamente ecológico tuvo que haber sido generada en algún lado.

Contra la “crítica liberal”

Entonces, ¿cómo puede la crítica cultural o literaria responder a la repentina conciencia de que la forma en que pensamos la literatura y la cultura ha tenido lugar, en su mayoría, en la escala equivocada?

El efecto político más controversial del cambio climático puede ser su desafío a los supuestos básicos y dominantes sobre la “democracia” –sobre su naturaleza y su valor autoevidente– como la forma más ilustrada de dirigir los asuntos humanos. David Shearman y Joseph Wayne Smith escriben: “problemas ambientales colosales, tanto existentes como inminentes, se han acelerado a causa de las libertades y la corrupción de la democracia, y es poco probable que sean resueltos por este sistema de gobierno”.⁸ El blanco decisivo aquí es la “democracia liberal”, y la tradición liberal hoy dominante en el pensamiento político, es decir, la tradición que combina la institución de la propiedad privada, la economía basada en el mercado, nociones de la persona basadas en el derecho individual, y la concepción del Estado como algo que “existe para garantizar la libertad de los individuos sobre una base formalmente igualitaria”.⁹ La tradición liberal política que va de Thomas Hobbes a John Locke concibe la política esencialmente como la convivencia entre individuos para el uso libre de la propiedad privada y la explotación de los recursos naturales. Estos conceptos podrían verse, en un principio, muy neutrales: los derechos que aplican para cien personas o para cien millones de personas, ¿podrían aplicar, seguramente, para mil millones? Cuando se recuerda que las concepciones fundamentales de la tradición liberal emergieron en los siglos XVII y XVIII en “poblaciones de poca densidad, sociedades con tecnología limitada, con acceso aparentemen-

⁸ David Shearman y Joseph Wayne Smith. *The Climate Change Challenge and the Failure of Democracy* (Westport: Praeger, 2007), 15.

⁹ Wendy Brown, *Edgework: Critical Essays on Knowledge and Politics* (Princeton: Princeton University Press, 2005), 39.

te ilimitado a la tierra y otros recursos”¹⁰, en un mundo que ahora ha sido consumido, surgen algunas preguntas acerca de la escala. Encima de todo, “[Locke] da por sentado que habrá suficiente, que la bondad de las cosas proporciona lo suficiente de tal manera que, si un individuo o un grupo toma de ellas, los demás no se verán privados”.¹¹ La sociedad occidental moderna, estructuralmente implicada en un proceso de crecimiento económico continuo, proyectó como su condición material una frontera siempre expandible de nuevas tierras y nuevos recursos. Esta presuposición o demanda imposible, largamente disfrazada por el regalo gratuito de los combustibles fósiles, se ha vuelto ahora visible y problemática. Lo que Hans Jonas escribe de “toda la ética tradicional” se aplica aquí: se “consideró solamente el comportamiento no acumulativo”.¹²

Las nociones liberales que buscan extender el estatus de individuo poseedor de derechos a más y más personas están atrapadas en una economía de la violencia compleja e inquietante. El cambio climático fractura la escala en la que uno debe pensar, retuerce categorías de lo interno y lo externo, y resiste las economías heredadas de la responsabilidad o la explicación, de una manera que Jacques Derrida no parece haber sospechado. Refiriéndose al bien conocido recuento que hace Derrida en *Espectros de Marx*¹³ de las “10 plagas” que amenazan al mundo, Tom Cohen nota la desconcertante ausencia de cualquier referencia a la crisis ambiental, posiblemente la más mortal de todas:

¹⁰ Dale Jamieson, “Ethics, Public Policy, and Global Warning”, *Science Technology, & Human Values* 17 (1992), 148.

¹¹ Stephen David Ross, *The Gift of Property: Having the Good* (Albany: SUNY Press, 2001), 57,

¹² Hans Jonas, *The Imperative of Responsibility: In Search of an Ethics for the Technological Age*, trad. de Hans Jonas y David Herr (Chicago: University of Chicago Press, 1984), 7.

¹³ Jacques Derrida, *Specters of Marx: The State of Debt, the Work of Mourning & the New International*, traducción de Peggy Kamuf (Nueva York: Routledge, 1994).

La maniobra de [Derrida] parece débil en la actualidad, ya que las diez (plagas) son bastante estándar y todas son miserias políticas entre humanos —desde la falta de trabajo hasta la debilidad del derecho internacional. Hoy en día, como “sabemos”, todo el tablero de juego ha sido acechado de forma invisible por su propia pulsión de auto-borramiento, de auto-destripamiento de sus premisas no antrópicas.¹⁴

Es cierto que Derrida escribe sobre la responsabilidad incalculable y la desestabilización conceptual y física de las fronteras, de los confines nacionales y del hogar. En *Sobre la hospitalidad*,¹⁵ argumenta cómo la interioridad del hogar, supuestamente inviolable, ya está des-constituida, volteada de adentro hacia afuera por sus múltiples incrustaciones en el espacio público, el Estado, las líneas telefónicas y los correos electrónicos monitoreados, etcétera. Sin embargo, hay un idealismo residual en Derrida cuando sólo atiende a los sistemas de ley y comunicación. El enfoque, al momento de la decisión, en la conciencia individual y su *pathos* (el tormento de la indecidibilidad, etcétera) parece estrecho e inadecuado en un contexto en el que las cosas se han convertido en algo abrumadoramente más político que las personas. Nada en su obra parece intuir una situación en la que no sea irracional relacionar un calentador de patio en Londres con la lenta inundación de Tuvalu en el Pacífico. Así, *Sobre la hospitalidad* menciona la televisión, el correo electrónico y el Internet, pero no el sistema de calefacción central, los aparatos de cocina, la lavadora o el automóvil (o, en realidad, la institución de propiedad privada en sí misma, a pesar de su conexión crucial con el tema de la soberanía personal de Derrida). En efecto, “Toda realidad es política, pero no toda la política es humana”.¹⁶

¹⁴ David Wood, “On Being Haunted by the Future”, *Research in Phenomenology* 36 (2006), 287.

¹⁵ Jacques Derrida, *On Hospitality: Anne Dufourmantelle Invites Jacques Derrida to Respond*, trad. de Rachel Bowlby (Stanford: Stanford University Press, 2000).

¹⁶ Graham Harman, *Prince of Networks: Bruno Latour and Metaphysics* (Melbourne: Re.press, 2009), 89.

Wendy Brown argumenta que su “tratamiento de la libertad revela el arraigo del liberalismo en las formulaciones de democracia de Derrida”,¹⁷ que sus argumentos aún funcionan dentro de una concepción en esencia liberal de la política, donde ésta consiste en idear sistemas que permitan el espacio de la aparente libertad de los individuos para vivir como les plazca y donde el desafío radica en extender esos sistemas más allá de sus fronteras actuales, e incluso más allá de la exclusiva referencialidad humana.¹⁸ Reconfigurar una noción del sujeto como apertura al otro, etcétera, en lugar de una auto-presencia autónoma, y atender a las aporías de libertad/igualdad y hospitalidad condicional e incondicional no altera el compromiso de Derrida con una tradición progresista liberal, cuyas presuposiciones escalares son las que están aquí en cuestión. En apoyo al señalamiento de Brown, puede argumentarse que en *Sobre la hospitalidad* la aparente ceguera ante la agencia no humana y los efectos escalares tiende a preservar lo político como una esfera separada. Sin embargo, los problemas medioambientales efectúan una generalización de lo político que en el enfoque exclusivo de Derrida en las normas, instituciones y decisiones hacen que parezca una especie de contención. Su concepción de la decisión como negociación con lo indecible se ve simultáneamente trivializada y magnificada por los efectos escalares en relación con detalles tan mínimos como encender una luz o comprar un refrigerador. Las cuestiones fronterizas del último Derrida sobre la hospitalidad condicional o incondicional pueden parecer encerradas en una escala bidimensional, puesto que ignoran que la ubicua y contigua frontera con todos los demás países es al mismo tiempo una atmósfera

¹⁷ Wendy Brown, “Sovereign Hesitations”, *Derrida and the Time of the Political*, editors Pheng Cheah y Suzanne Guerlac (Durham: Duke University Press, 2009), 127.

¹⁸ Brown contrasta la noción alternativa de democracia como el difícil desafío de compartir el poder con la concepción liberal del poder delegado, que supuestamente forma una barrera hacia afuera, detrás de la cual la “libertad” individual se lleva a cabo. Vincent B. Leitch al cuestionar la ausencia de cualquier elemento comunitario en el pensamiento político de Derrida, encuentra “una sombra libertina y con tendencias de derecha [puesta] sobre la política democrática izquierdista de Derrida”. Brown, “Sovereign Hesitations”, 242.

compartida. Disfrutar las comodidades rutinarias de un estilo de vida solvente en Francia es *ya* una intrusión destructiva del espacio que habita un agricultor en las planicies aluviales masivas en Bangladesh.

Una política no humana también plantea interrogantes sobre la política de la cultura dominante, de corte liberal/progresista, de gran parte de la crítica literaria profesional. El método frecuente en la actualidad es leer todos los problemas como manifestaciones político-culturales, dentro de una comprensión del texto análogo a la manera en que la tradición liberal ve a la sociedad civil, a saber, como un espacio para la disputa entre intereses individuales o colectivos, derechos o reclamos de identidad. Por ejemplo, el grupo A parece alcanzar la imagen de su autorrealización a través de la (implícita) denigración del grupo B; y el grupo C es marginado por la manera en que el grupo B siempre parece identificarse con el A, en lugar de ser un conjunto diferente, con sus propias demandas, y así sucesivamente.¹⁹ Sin embargo, cada uno, al mismo tiempo, establece sus propios derechos al aire, el agua, el espacio y los recursos materiales y, centrarse en la persona individual o en el grupo de personas soslaya continuamente el problema de la violencia contra la Tierra misma, cuya agencia es al mismo tiempo presupuesta e ignorada. Es como si la crítica todavía se escribiera sobre una Tierra plana y pasiva, de extensión indefinida, y no sobre una esférica y activa, en la cual la distancia más alejada puede alcanzarte por la espalda y tocarte incómodamente el hombro. Formas de pensar y prácticas que una vez parecieron justificadas, ser coherentes internamente, autoevidentes o progresistas, ahora necesitan ser redirigidas en términos de estas exclusiones ocultas, costos disfrazados o como ofertas de un cierre meramente imaginario o temporal. ¿Cómo funcionaría esto en la práctica? Es difícil de predecir, por lo menos más allá de lo trivialmente obvio (“Bueno, yo siempre

¹⁹ En el capítulo “Freedoms and the Institutional Americanism of Literary Study” de mi libro *The Poetics of Singularity: The Counter-Culturalist Turn in Heidegger, Derrida, Blanchot, and the Later Gadamer* hablo de esto con más detalle. (Edimburgo: Edinburgh University Press, 2005), 11-31.

pensé que *On the road* de Kerouac, era un libro irresponsable, pero ¡no contaba con esto!”).

Quizá, entonces, la crítica ambiental y poscolonial más incisiva en relación con el cambio climático podría ser aquella que tomó en cuenta un papel mucho más meta-crítico: el de examinar las presuposiciones escalares en la retórica individualista del liberalismo, que todavía prevalece en una gran parte de la crítica cultural y literaria. Una ética capaz de realizar tal trabajo debería también transgredir las nociones actuales sobre el decoro, redibujando los límites aparentes de la privacidad donde, por ejemplo, los puntos de vista sobre historia, religión, colonialismo o ética parecen pertenecer al ámbito de la controversia “pública”: seminarios, documentos y conferencias; mientras que los recursos materiales para el uso exclusivo del individuo que detenta esos puntos de vista siguen siendo un asunto supuestamente “privado”, con un salario alto y el estilo de vida que lo acompaña, considerado todavía como una cuestión de prestigio.

Lectura de *Elefante* de Raymond Carver en una escala de seis siglos

¿De qué manera son ciegos a las preguntas de escala los modos de lectura heredados y dominantes en la crítica literaria y cultural? El problema puede examinarse a través de un experimento de lectura práctica. ¿Cómo sería leer y releer el mismo texto a través de una serie de escalas espaciales y temporales cada vez más grandes, una tras otra, prestando especial atención a la tensión que ello supone para determinadas suposiciones críticas y modos de lectura dominantes en la actualidad?

Pasemos a un ejemplo literario específico, el cuento tardío de Raymond Carver titulado *Elephant*.²⁰ Se trata de un monólogo cómico

²⁰ Raymond Carver, “Elephant”, *Elephant* (Londres: The Harvill Press, 1998), 73-90.

compuesto por las quejas y luego la aceptación gradual de un trabajador de cuello azul que está siendo acosado por sus parientes económicamente afectados en otras partes del país. La mayor parte de *Elephant* ocurre en interiores domésticos conectados por el teléfono. Recientemente desempleado y a mil millas de distancia en California, el hermano del narrador requiere ayuda inmediata para pagar la hipoteca de su casa, al poco tiempo parecería ya no necesitar más préstamos porque su esposa podría vender algunas tierras de su familia, pero, al final, regresa a pedirle dinero. Ya ha tenido que vender su segundo coche y empeñar el televisor. La hija del narrador tiene dos hijos y está casada con

un cretino que ni siquiera es capaz de buscar trabajo, un tipo que no podría mantener un empleo, aunque se lo dieran. En las contadas ocasiones en que finalmente encontró algo, se quedó dormido, o su auto se averió en el camino al trabajo, o simplemente lo corrieron sin explicación.²¹

La anciana madre del narrador, “pobre y codiciosa”,²² depende del apoyo de sus dos hijos para mantener un estilo de vida independiente pese a los signos de una salud deficiente. El hijo exige al narrador dinero para emigrar y éste también tiene que pagar la pensión a su exesposa. Luchando con su resentimiento mientras escribe todos los cheques, el narrador llega a un momento crucial gracias a dos sueños: uno de ellos de cómo su padre solía llevarlo sobre sus hombros cuando era un niño. Él se sentía seguro y estiraba sus brazos al fantasear que montaba un elefante. A la mañana siguiente, dando una especie de bendición privada a todos sus parientes a pesar de sus demandas, decide caminar en lugar de manejar al trabajo, deja su casa sin cerrar con llave. Camina por la calle estirando los brazos como en su sueño de la infancia, cuando un compañero del trabajo

²¹ Carver, “Elephant”, 77.

²² Carver, “Elephant”, 74.

llamado George se detiene para recogerlo. George tiene un puro y acaba de pedir dinero prestado para mejorar su auto. Juntos prueban la velocidad:

“Corre”, le dije. “¿Qué estás esperando, George?”. Y fue entonces cuando realmente volamos. El viento aullaba fuera de las ventanas. Estaba pisando el acelerador al máximo e íbamos de golpe. Recorrimos esa carretera en su gran auto sin pagar.²³

Con las nuevas preguntas planteadas, gracias al cambio climático en mente, ¿qué tipo de lecturas emergen de este texto?

Primero, tal vez, que si “el capitalismo debe considerarse como una economía de costos no pagados”²⁴ entonces *Elephant* podría leerse fácilmente como una especie de alegoría medioambiental, como la narración de una cadena de deudas no pagadas y apoyo no ganado, que se extiende a la imagen final del gran automóvil no pagado. Esta primera lectura, relativamente obvia, puede profundizarse con consideraciones de escala.

Cualquier interpretación a grandes rasgos mimética de un texto, que lo cartografía sobre términos diferentes, pero más iluminadores, siempre asume una escala física y temporal de algún tipo. Es una condición previa de cualquier acto cartográfico, aunque casi nunca se encuentra explícita en la interpretación. La escala en la cual uno lee un texto altera drásticamente los tipos de significación que se le atribuyen a sus elementos, pero, como veremos, no puede por sí misma dar criterios para juzgar.

Se pueden utilizar tres escalas. En primer lugar, podríamos leer el texto en una escala personal, críticamente ingenua por considerar sólo el círculo inmediato de familiares y conocidos del narrador, en un lapso de tiempo de varios años. En esta escala detectamos cierta comodidad humanista en el texto, como si la historia de Carver fuera ya un guion

²³ Carver, “Elephant”, 90.

²⁴ K. William Kapp citado en John Bellamy Foster, *Ecology Against Capitalism* (Nueva York: Monthly Review Press, 2002), 37.

comercial. La lealtad familiar triunfa contra la desgracia; el amor y el perdón prevalecen en un relato de heroísmo doméstico, pequeño pero genuino. La lectura puede referir a la defensa de Carver de la historia corta para arrojar “algo de luz sobre qué es lo que nos hace y nos mantiene, a menudo en contra de grandes probabilidades, reconociblemente humanos”.²⁵ En este sentido, *Elephant* incluso se acercaría a una especie de cursilería falsa por parte de Carver.

Una segunda escala es la que casi siempre se asume en la crítica literaria. Espacialmente, es la de una cultura nacional y sus habitantes, con un marco temporal de pocas décadas, un “periodo histórico” de algún tipo. Casi todas las críticas a Carver están situadas en esta escala, ubican su trabajo en el contexto cultural de Estados Unidos a finales del siglo xx (o, a veces, en una escala más amplia, el del cuento moderno después de Edgar Allan Poe). Kirk Nessel, que escribió en 1995, es representativo: “Las figuras de Carver dramatizan y comentan indirectamente sobre los problemas que afectan a la cultura estadounidense, particularmente la cultura de la clase media baja en la actualidad”.²⁶ Otros temas destacados en las discusiones sobre Carver están ubicados en esta escala, como el desempleo y la cultura del consumidor en la medida en que afectan las relaciones personales, los ideales y las realidades de la domesticidad estadounidense, la sociedad materialista y sus conceptos de género, en especial la masculinidad. Esta escala permite una interpretación de la escena final de *Elephant* como un momento afirmativo pero temporal de escape de las denigraciones y frustraciones del capitalismo consumista estadounidense centrada en el automóvil privado como una imagen de libertad y movilidad individual.

La tercera —e hipotética— escala es, por supuesto, la difícil. Podría ser la de toda la Tierra y sus habitantes, y colocar *Elephant* en medio de

²⁵ Kirk Nessel, *The Stories of Raymond Carver: A Critical Study* (Atenas: Ohio University Press, 1995), 104.

²⁶ Nessel, *The Stories*, 7.

un periodo de seiscientos años, esto es, de trescientos años antes de 1988 a 2288 y trescientos después, al tener en cuenta los escenarios plausibles autorizados para la habitabilidad del planeta en ese momento.

¿Qué efecto tendría esto? Un impulso inicial es que tratar de leer *Elephant* a esta escala no “tiene sentido”. Parecería repetir deliberadamente la confusión de escalas presente en las consignas ambientales (“come menos carne y salva al planeta”). Al mismo tiempo, la sensación de parálisis o arbitrariedad en el experimento no puede anular la convicción de que leer en escalas que solían, familiarmente, “tener sentido”, ahora también puede ser una forma de contención intelectual y ética.

¿Qué, entonces, se está conteniendo? Como lo demuestra la historia ambiental, vista en escalas de tiempo muy largas, la historia humana y la cultura pueden tomar formas extrañas, formas que alteran las concepciones de lo que hace a algo “importante” y lo que no.²⁷ Las entidades no humanas asumen una agencia decisiva. Así, algunos argumentarían que, a nivel mundial, los dos eventos principales de los últimos tres siglos han sido la explotación industrial de los combustibles fósiles y la sustitución de la biota local a favor de especies rentables importadas: ganado, trigo, ovejas, maíz, azúcar, café, eucalipto, aceite de palma, etcétera. Por ejemplo, la mayor parte del trigo del mundo, un cultivo originario de Oriente Medio, ahora proviene de otras áreas: Canadá, Estados Unidos, Argentina, Australia, al igual que de Europa. Este enorme cambio en las poblaciones humanas, así como los animales y plantas domesticados, ha determinado en gran medida el mundo moderno, con sus estrechas conexiones entre los destructivos monocultivos para la producción de alimentos, los sistemas de explotación del comercio internacional, así como la institución del Estado moderno. En su punto más sombrío, una mirada ecológica hacia el estado actual del planeta exhibe una enorme burbuja de población y consumo por parte de una especie que se intensifica de manera expo-

²⁷ Ver, por ejemplo, Ponting, Crosby, Chew y Diamond.

nencial y se expande a una velocidad que los recursos no pueden sostener por mucho tiempo. Éste es el mundo transitorio del extraño desequilibrio energético, destructivo y temporal, que las poblaciones occidentales actualmente habitan y toman por una realidad familiar y estable.

Otro elemento de contención a escalas pequeñas, que excluyen la realidad más amplia en las lecturas de *Elephant*, es el “nacionalismo metodológico” de las lecturas ubicadas en la escala media. “Nacionalismo metodológico” es un término tomado de A.D. Smith y utilizado por Ulrich Beck: “Mientras que la realidad se está volviendo —¿o siempre fue?— completamente cosmopolita, nuestros hábitos de pensamiento y conciencia, al igual que los métodos más usados de la enseñanza e investigación académica, disfrazan la creciente irrealidad del mundo de los Estados-nación”.²⁸ Es decir, a menudo todavía pensamos, interpretamos y juzgamos como si los límites territoriales del Estado-nación actuaran como principio autoevidente de coherencia e inteligibilidad para entender una historia y una cultura, al ignorar cualquier cosa que no se ajuste a tal narrativa. Después de todo, la crítica literaria en sí misma evolucionó como una institución de autodefinición cultural a esta escala. Casi todas las críticas literarias de Carver se ubican aquí. Incluso, una frase tan aparentemente inocente como Carver diciendo “el lado oscuro de la América de Reagan”²⁹ puede mostrar el nacionalismo metodológico en proporción, al grado en que la esfera nacional y su agenda cultural sirven para enmarcar, contener y dar forma a un análisis o a los juicios familiares, pero limitados, de “inclusión” y “exclusión” social.

La escala ampliada hace que las suposiciones críticas familiares sobre la pertinencia de un contexto nacional parezcan provincianas, egoístas y dañinas. ¿Qué sucede si se despliega, en una escala global, la metodología de la crítica cultural con su agenda liberal progresista, y con sus

²⁸ Ulrich Beck, *The Cosmopolitan Vision* (Cambridge: Polity Press, 2006), 21.

²⁹ Citado en Nessel, *The Stories*, 4.

preocupaciones por la equidad y los *topoi* de “inclusión” y “exclusión”? La retórica de marginación y empobrecimiento común en las lecturas de Carver se ve complicada por el hecho de que, a escala global, si bien su angustia es innegable, ninguno de los personajes de *Elephant* es realmente pobre en sentido material. El narrador tiene una casa para él y también un coche. El hermano, supuestamente empobrecido, tiene dos autos y se ve obligado a vender uno de ellos para poder conservar su casa. La hija, también supuestamente golpeada por la pobreza, vive con su esposo e hijos en un remolque pero tiene al menos un automóvil. La esposa del hermano es una terrateniente, y el hijo necesita dinero para hacer algo que la mayoría de las personas vivas nunca podrán hacer: viajar en avión a otro país. La madre no vive con ninguno de sus hijos, sino que tiene una casa propia. No es la cantidad de personas sino la cantidad de hogares separados que requieren apoyo lo que constituye el verdadero problema económico en *Elephant*, al mantener la propiedad que cada uno representa. La cultura de la independencia, afirmada en la indignada ética de trabajo del narrador, también sirve de manera efectiva a los sistemas económicos y de infraestructura que dependen de altos niveles de consumo y que, como resultado, producen un sentido generalizado e intensificador de atrapamiento. “Si nada tiene éxito como el éxito, nada atrapa como el éxito”.³⁰

Derrida arguyó que el ámbito “interno” del hogar, supuestamente autocontenido, está constitutivamente desgarrado por su incrustación en el espacio de lo público. Este argumento repitió concepciones liberales de la política, aun al haberlas problematizado. En la tercera escala, sin embargo, todo y todos están siempre “afuera”: una persona se registra allí menos en términos de coordenadas sociales familiares (raza, clase, género, etcétera) que como entidad física, que representa el consumo de recursos y la excreción de desperdicios (no la personalidad, sino la “huella”). Al igual

³⁰ Hans Jonas, *The Imperative of Responsibility*, 9.

que en gran parte de la literatura del siglo xx (incluyendo *On the Road*), el efecto de incrustar *Elephant* en la tercera escala es convertir el texto en un tipo peculiar de gótico, una narrativa *doppelgänger*. Los personajes de “personas” y agentes responsables se duplican en meras entidades físicas. A mayor escala, la importancia de la persona en ella registrada se torna más parecida a una cosa (incluso cuando los efectos de escala han dado a los seres humanos el estado de una fuerza geológica). Las tramas, los personajes, el entorno y las trivialidades que parecían normales e inofensivos a escala personal o nacional, reaparecen como dobles destructivos de sí mismos en la tercera escala; reaparecen como parte de un universo paralelo, perturbador e invasor, cuya realidad maligna se está volviendo imposible negar. Deviene inviable sostener la ficción de que la agencia histórica significativa es un ámbito exclusivo de los seres humanos. La infraestructura material que rodea y que, en gran medida, dicta las vidas de las personas —las casas, los automóviles, las carreteras— puede desplazar la importancia de los temas más familiares de identidad y representación cultural. La tecnología y las infraestructuras emergen como algo que no sólo es inherentemente político, sino también imprevisible y desdoblado en efectos escalares que ridiculizan las intenciones de sus usuarios o constructores. *Elephant* podría describirse en términos de lo que William Ophuls llama “esclavitud energética”³¹ y que se refiere a los efectos opresivos, omnipresentes y destructivos de nacer en una infraestructura basada en combustibles fósiles tan agresiva como un ejército de ocupación. Una lectura futura de *Elephant* estaría, por lo tanto, más centrada en los objetos, consciente de la naturaleza caprichosa de la agencia no humana, y sospecharía de la forma en que la crítica contemporánea, incluso en la ecocrítica, tiende a interiorizar todas las cuestiones ambientales como cuestiones, en última instancia, de creencias o actitudes subjetivas, la humanidad actuando reflexivamente sobre sí

³¹ Ver William Ophuls, *Requiem for Modern Politics: The Tragedy of the Enlightenment and the Challenge of the New Millennium* (Boulder: Westview Press, 1997), 169-174.

misma (incluso “la humanidad destruyéndose”). Por ejemplo, no hay nada realmente “privado” acerca de un automóvil, así como, irónicamente, las decisiones de una persona promedio sobre llenar o no llenar una tetera de agua con probabilidad tendrán más consecuencias reales, aunque sean minúsculas, que sus opiniones políticas.³² Junto con los hogares que exigen ser sostenidos, la esclavitud energética reaparece incluso en las trivialidades diarias. El esposo de la hija pierde la posibilidad de un trabajo porque su auto se averió, mientras que el hermano del narrador jura: “tengo este trabajo en fila. Es definitivo, tendré que conducir cincuenta millas de ida y vuelta todos los días, pero eso no es problema —diablos, no—. Yo conduciría ciento cincuenta si tuviera que hacerlo”.³³ Los automóviles también se multiplican a través del parasitismo de las ideologías de “libertad” individual. *Elephant* termina con el narrador en el asiento del pasajero, en un éxtasis causado por la velocidad, intentando convencer a George, con el puro en mano, de conducir lo más rápido posible.

Resaltar la agencia no humana agrega una dimensión faltante a la crítica literaria de Carver, la cual abunda en lugares comunes como la erosión de los valores comunales, o la fuerza social/cultural del llamado minimalismo de Carver, al nivel de la técnica de sus cuentos, o la proyección en éstos de una sociedad tardo-capitalista de superficies disyuntivas y de un aislamiento personal donde la falta de un sentido de relación por completo confiable entre causa y efecto, intención y resultado, esfuerzo y recompensa, se ve acompañada de una sensación de inseguridad. La lectura desde el futuro descentra aún más la agencia humana, al subrayar la fragilidad y la contingencia de límites efectivos entre lo público y lo privado, los objetos y las personas, los “inocentes” y los “culpables”, la historia humana y la historia natural, lo traumático y lo banal, y (con la tecnología) lo conveniente y lo despilfarrador. En resumen, en la tercera escala, una especie

³² Michael Northcott escribe en *A Moral Climate: The Ethics of Global Warming*: “La adscripción ‘privada’ es crecientemente problemática cuando se aplica a los automóviles. Su uso requiere el mantenimiento público de cantidades extensivas de infraestructura de concreto, acero y alquitrán; representa una mitad del espacio de construcción de las ciudades en Europa y Estados Unidos”. (Maryknoll: Orbis Books, 2007), 215-216.

³³ Carver, “Elephant”, 83.

de ironía no antrópica perturba el cuento al hacerlo parecer un objeto fácilmente asimilable para cualquier tipo de lectura moral/política.

Simon Levin escribe: “Que no haya una única escala o nivel correcto en el cual describir un sistema no significa que todas las escalas sirvan igualmente o que no haya leyes de escalamiento”.³⁴ Sin embargo, existen diferencias cruciales entre la lectura de un texto literario en múltiples escalas, por un lado, y la función de las escalas en el modelado y la explicación científica, por el otro lado. En el segundo caso, la supresión del detalle se ve como una fortaleza del trabajo a gran escala, donde pueden surgir amplios patrones que prevalecen sobre las variaciones individuales. Una lectura literaria no funciona de esa manera. Los supuestos de escala están siempre en funcionamiento en cualquier lectura; éstos pueden permitir diferentes juicios de valor, pero no decidirlos. Las tres escalas producen lecturas de *Elephant* que entran en conflicto entre sí, pero, ¿puede la tercera escala actuar como un marco de referencia final o como un tribunal de última apelación que pueda legislar cómo leer el texto? Una revisión ecológica corre el riesgo de alimentar un moralismo reduccionista que resulta cada vez más familiar, un moralismo verde que está dispuesto a convertir los hechos ecológicos en imperativos morales y que es ciego al sentido de impotencia que predomina en la primera escala de *Elephant*. Al tiempo que destaca los costos ocultos del pensamiento a menor escala, la tendencia de la tercera escala a registrar a una persona como ante todo como un objeto físico es evidentemente problemática, casi ajena a la ética interpersonal diaria, las esperanzas y las luchas sobre las cuales ironiza. Por ejemplo, aunque este ensayo eligió el ejemplo menos controversial de los autos, el aspecto más significativo para el medio ambiente en la situación proyectada sería la reproducción de las personas mismas. El hecho de que el narrador haya tenido dos hijos sería más crucial —en los términos literales de las emisiones físicas— que su estilo de

³⁴ Simon A. Levin, “The Problem of Pattern and Scale in Ecology”, The Robert H. MacArthur Award Lecture 1989. *Ecology* 73 (1992), 1953.

vida o su propiedad. Esto resalta otro problema, la sobrepoblación, que reduce incluso a Donna Haraway a la contradicción, cuando dijo en una entrevista “como bióloga”, “frente a un planeta que hasta ahora tiene más de 6 mil millones de personas”:

La capacidad del planeta para sostenernos probablemente no sea esa. Y no me importa cuántas veces menciones la naturaleza retrógrada de las ideologías antinatalistas y las ideologías de control de la población. Todo eso es cierto, pero sin una reducción seria de la población no lo vamos a lograr como especie, y tampoco lo harán miles o millones de otras especies [...] Así que puedes odiar a los chinos por la política de un solo hijo y también pensar que tienen razón (*risas*).³⁵

En resumen, leer en varias escalas a la vez no puede ser sólo la abolición de una y la reivindicación de otra, sino una forma de enriquecer, singularizar y también perturbar el texto en un sentido creativo, al incrustarlo en marcos múltiples e incluso contradictorios (de modo que el argumento en apariencia más ilustrado y progresista pueda resultar adecuado en una escala y, al mismo tiempo, blanco de ladrillos conceptuales en otra). La interpretación general de *Elephant* aquí ofrecida sólo puede ser múltiple y conflictiva. Los actos del narrador siguen siendo de gran generosidad personal, incluso si los efectos de escala los implican irónicamente en un mal incalculable. El texto emerge simultáneamente según la escala en cuestión como: (1) una perversa anécdota del heroísmo personal, (2) una protesta contra la exclusión social y (3) una confrontación con el confinamiento de las acciones y decisiones humanas dentro de una desastrosa dinámica impersonal que no comprenden, así como las diversas contenciones de los modos de pensamiento heredados.

Otra conclusión parece clara: pensar en el cambio climático en relación con la crítica literaria o cultural no será cuestión de inventar un

³⁵ Joseph Schneider, *Donna Haraway: Live Theory* (Nueva York: Continuum, 2005), 153.

nuevo método de lectura, ya que el efecto más prominente de pensar en el cambio climático es una perturbación escalar que también equivale a una implosión de las competencias intelectuales. Es mucho más fácil para los críticos mantenerse dentro del círculo familiar a la profesión de representaciones culturales, ideas, ideales y prejuicios, que ponerse a investigar el largo plazo de relaciones físicas de causa y efecto, o los costos ambientales de una infraestructura, ambas cuestiones que involucran a una agencia no humana y que conllevan modos de experiencia fuera de las humanidades, tal como están constituidas en la actualidad. Esto también sugeriría que las humanidades, como se practican en la actualidad, constituyen formas de contención ideológica que ahora deben cambiar.

Referencias

- Beck, Ulrich. *The Cosmopolitan Vision*. Cambridge: Polity Press, 2006.
- Blanchot, Maurice. “The Apocalypse is Disappointing”. *Friendship*, traducción de Elizabeth Rottenberg. Stanford: Stanford University Press, 1997, 101-108.
- Brown, Wendy. *Edgework: Critical Essays on Knowledge and Politics*. Princeton: Princeton University Press, 2005.
- . “Sovereign Hesitations”, en *Derrida and the Time of the Political*, editores Pheng Cheah y Suzanne Guerlac. Durham: Duke University Press, 2009, 114-132.
- Carver, Raymond. “Elephant” en *Elephant*. Londres: The Harvill Press, 1998, 73-90.
- Chew, Sing C. *World Ecological Degradation: Accumulation, Urbanization, and Deforestation 3000 BC–AD 2000*. Walnut Creek: Altamira Press, 2001.
- Clark, Timothy. *The Poetics of Singularity: The Counter-Culturalist Turn in Heidegger, Derrida, Blanchot and the Later Gadamer*. Edinburgo: Edinburgh University Press, 2005.

- Crosby, Alfred W. *Ecological Imperialism: The Biological Expansion of Europe, 900–1900*. Cambridge: Cambridge University Press, 1986.
- Dator, Jim. “Assuming ‘Responsibility for our Rose’”, en *Environmental Values in a Globalizing World: Nature, Justice and Governance*, editores Jouni Paavola e Ian Lowe. Londres: Routledge, 2005. 215-235.
- Derrida, Jacques. *On Hospitality: Anne Dufourmantelle Invites Jacques Derrida to Respond*. Traducción de Rachel Bowlby. Stanford: Stanford University Press, 2000.
- . *Specters of Marx: The State of Debt, the Work of Mourning & the New International*. Traducción de Peggy Kamuf. Nueva York: Routledge, 1994.
- Diamond, Jared. *Collapse: How Societies Choose to Fail or Survive*. Londres: Penguin, 2005.
- . *Guns, Germs, and Steel: The Fates of Human Societies*. Nueva York: Norton, 1997.
- Foster, John Bellamy. *Ecology Against Capitalism*. Nueva York: Monthly Review Press, 2002.
- Hardin, Garrett. *Living Within Limits: Ecology, Economics, and Population Taboos*. Nueva York: Oxford University Press, 1993.
- Harman, Graham. *Prince of Networks: Bruno Latour and Metaphysics*. Melbourne: Re.press, 2009.
- Jamieson, Dale. “Ethics, Public Policy, and Global Warning”. *Science Technology, & Human Values* 17 (1992): 139-153.
- Jenerette, G. Darrel y Jiango Wu. “On the Definitions of Scale”, *Bulletin of the Ecological Society of America* 81.1 (2000): 104-105.
- Jonas, Hans. *The Imperative of Responsibility: In Search of an Ethics for the Technological Age*. Traducción de Hans Jonas y David Herr. Chicago: University of Chicago Press, 1984.
- Leitch, Vincent B. “Late Derrida: The Politics of Sovereignty”, *Critical Inquiry* 33 (invierno de 2007), 229-247.

- Levin, Simon A. "The Problem of Pattern and Scale in Ecology", The Robert H. MacArthur Award Lecture 1989, *Ecology* 73 (1992): 1943-1967.
- Litfin, Karen T. "Environment, Wealth, and Authority: Global Climate Change and Emerging Modes of Legitimation". *International Studies Review* 2.2 (verano de 2000): 119-148.
- MacKenzie, Debra. "Are We Doomed?". *New Scientist* 5, abril de 2008, 33-35.
- McNeill, John R. *Something New Under the Sun*. Nueva York: Norton, 2000.
- Nesbet, Kirk. *The Stories of Raymond Carver: A Critical Study*. Atenas: Ohio University Press, 1995.
- Northcott, Michael S. *A Moral Climate: The Ethics of Global Warming*. Maryknoll: Orbis Books, 2007.
- Ophuls, William. *Requiem for Modern Politics: The Tragedy of the Enlightenment and the Challenge of the New Millennium*. Boulder: Westview Press, 1997.
- Ponting, Clive. *A Green History of the World*. Nueva York: St. Martin's Press, 1991.
- Ross, Stephen David. *The Gift of Property: Having the Good*. Albany: SUNY Press, 2001.
- Schneider, Joseph. *Donna Haraway: Live Theory*. Nueva York: Continuum, 2005.
- Shearman, David y Joseph Wayne Smith. *The Climate Change Challenge and the Failure of Democracy*. Westport: Praeger, 2007.
- Wood, David. "On Being Haunted by the Future". *Research in Phenomenology* 36 (2006): 274-298.